



Ernesto Cardenal por Rosario Castellanos



Nacido en Nicaragua en 1925; graduado de Maestro en Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1946; viajero por los Estados Unidos y Europa en las fechas subsiguientes, el esbozo biográfico de Ernesto Cardenal muestra tres líneas principales que acaban por fundirse y confundirse en una sola: la preocupación religiosa que culmina, después de una serie de aproximaciones, en la ordenación sacerdotal; la toma de posición política contra el gobierno tiránico que aflige a su país, de la que surgen actos y exilios; la vocación literaria que se ejerce desde la crítica (*Ansias y lenguas de la nueva poesía nicaragüense*, aparecida en 1946; *Antología de la nueva poesía nicaragüense*, que data de 1949 y *Poesía revolucionaria nicaragüense*, que se edita en 1962) hasta la obra creativa propia que parte de *Hora cero* (1960) y llega hasta *El estrecho dudoso* (1966) después de los *Epigramas* (1961), los *Salmos* (1964), *Gethsemani, Ky* (1965) y la *Oración por Marilyn Monroe*.

El poeta dispone de varias perspectivas desde las cuales le es posible comprender, interpretar y transcribir el mundo. Por temperamento, por formación, por la tendencia general o predominante de una época y aún por fidelidad a la moda de un momento, en muchos pesa más el factor subjetivo y no se mueve la hoja del árbol ni la hoja del libro si no es por la brisa del suspiro, del ay de la melancolía y de la nostalgia. Otros equilibran, en los platillos de la balanza su persona "y sus alrededores" como diría Miguel Hernández; y otros hacen de su individualidad el vacío perfecto, la transparencia al través de la cual van a manifestarse, con plenitud, los otros fenómenos de la naturaleza y de la historia.

Si tuviéramos que situar a Cardenal entre sus semejantes lo colocaríamos entre quienes pertenecen a la tercera clasificación. Pero ya no nos resultaría igualmente fácil encontrarle compañía en los métodos que elige para expresar sus propósitos, en las alianzas de formas y de tradiciones que realiza, en el estilo, en fin, en el que desemboca.

¿Qué es lo que se propone Cardenal? Aparentemente, y antes que todo, demostrarnos que las nociones que manejábamos para que nos fuera más accesible la realidad en la que nos movemos eran esquemáticas y en la medida en que nos acogemos a la rigidez de una fórmula nos alejamos de la verdad. Porque no hay antagonismos, por incompatibles que se declaren, que no puedan ser superados gracias a una nueva síntesis conciliatoria; ni posición que no sea susceptible de encarnarse y practicarse de otro modo que el que dicta la rutina, que el que se ha estereotipado en los prejuicios.

He aquí el primer punto con el que Cardenal va a poner en crisis un lugar común en el que tan plácidamente yacemos: el

sacerdocio. ¿Qué ideas evoca en nosotros esta palabra? Predeterminación, hipocresía si la pensamos como algo abstracto. En concreto es un estado al que se abrazan en Latinoamérica jóvenes de muy humilde condición y muy altas aspiraciones que no pueden costearse otros estudios que los que le proporciona el Seminario y que carecen de otro instrumento que el de su investidura para ascender en una sociedad muy rigurosamente escalonada en castas.

Cardenal contradice esta primera hipótesis ya que pertenece a una de las "familias visibles" de su patria. Ah, entonces nos queda otro recurso: suponer que se enclaustra para reforzar los argumentos ideológicos que permiten defender los intereses de su clase. El sacerdote es en nuestras latitudes, con demasiada frecuencia, el sinónimo más adecuado para suplir otros vocablos: reaccionario, paniaguado de los señores en el poder. Pero Cardenal ha padecido cárceles y persecuciones precisamente por declararse enemigo de esos señores y por clamar su hambre y sed de justicia, dando así voz a los desvalidos que carecen hasta de ella. ¿Qué pasa, entonces? ¿Nos están acorralando para que, a fin de cuentas, Cardenal nos resulte un místico que huye del "mundanal ruido" para mejor escuchar el concierto de la música divina? No hemos acabado aún de hilvanar estos argumentos cuando nos los desbarata el mero enunciado de los títulos de sus libros. El lenguaje que emplea es el de los hombres profanos y lo emplea sin remilgos como el que está acostumbrado al diálogo, a la polémica, al cotidiano intercambio de opiniones.

No nos queda, pues, sino hacer a un lado todos nuestros valores establecidos para admitir que Cardenal ha inventado una fórmula nueva (¿o ha redescubierto una fórmula muy antigua?) que le permite convertir la sotana en el manto de la caridad con que San Pablo quería que se cubrieran las miserias humanas. No para ocultarlas y, ocultas, desentendernos de ellas. La denuncia surge en los poemas de Cardenal vibrante, apasionada, indomble:

Escucha mi protesta
porque no eres tú un Dios
amigo de los dictadores
ni partidario de su política
ni te influencia la propaganda
ni estás en sociedad con el gangster.

Como David, en sus días, tomó sobre sí el destino de su pueblo para hacerlo patente a los ojos de su Señor, así ahora Cardenal. Pero ¿cómo se atreve a emplear palabras que aún no tienen carta de naturalización ni en el idioma de la poesía



ni en el de la mística? Porque no rebusca, ni busca. De la abundancia de su corazón hablan sus labios. Y su corazón no ha sido impermeable a las palabras que nos acechan incesantemente desde todos los altavoces, desde todas las tribunas, desde todas las páginas que hoy se escriben, desde todas las pantallas en que hoy se refleja nuestra imagen. Y esas palabras son las más exactas para designar los hechos a los que aluden. Si son adecuadas tendrán que ser eficaces. Confundido permanecerá el purista como lo fue aquella esposa de David que se escandalizó de que el Rey, en un momento de exultación, bailara ante el Arca. Era el gesto que correspondía a la ocasión y su validez va más allá de las formas convencionales del respeto.

¿Pero es que Cardenal vive de tal modo inmerso en sus circunstancias, en la atmósfera de lo contemporáneo que no hará sino combinar las técnicas de los actuales medios de comunicación y transustanciarlas en material poético? Si fuera esto sólo ya sería una hazaña. Pero hemos de añadir otra, paradójica: lo contemporáneo, según Cardenal, es incomprensible y carece de sentido si no conocemos sus antecedentes, sus orígenes. Es decir, si no nos remontamos a la historia.

Y Cardenal se aplica, con encarnizamiento y paciencia de gambusino, a buscar las huellas de nuestros antepasados en un paisaje sin memoria. Desde los primeros pobladores, que peregrinaban con hambre en las tinieblas y que encontraron el sitio de los asentamientos y que erigieron allí templos y palacios y soberbias ciudades ceremoniales hasta los descendientes de aquellos que se debatían en rivalidades sin término, en opresión despiadada y que conocieron un final que fue como el crepúsculo fulminante de los trópicos. Desde la sujeción a tribus bárbaras hasta el estupor que produjo la nueva especie que arribaba en casas que iban sobre el mar. Estupor del relincho, de la jauría,

del estampido de la pólvora, de la campana de la consagración. Cardenal sigue, en las crónicas, las rutas de los descubridores y conquistadores y nos repite, una vez más, la vieja fábula para que reconozcamos nuestro rostro de ahora en el espejo de ayer. ¿Qué crueldad, de las que hoy nos indigna o nos abate, no hunde su raíz en otros siglos? ¿Qué rebeldía no es un gesto ensayado durante milenios? ¿Qué heroísmo no nos pertenece por patrimonio hereditario? Pero no, contra lo que sería fácil pensar sin un examen a fondo de los textos, Cardenal no está sosteniendo un fatalismo. La historia se repite, es cierto. La historia obedece a una serie de leyes que es preciso acatar. Las figuras que se mueven a lo largo de las edades son, lo que llamé Thomas Mann, figuras paradigmáticas. Pero no concluyamos de esta serie de postulados fundamentales una pasiva sumisión al destino.

Porque es al contrario. Se ha descubierto la urdimbre de la tela del pasado para tejer más a nuestro arbitrio los acontecimientos del presente. Se ha hecho hincapié en las recurrencias, en la monotonía de ciertos trazos porque la libertad —y el hombre *es* libertad— sólo se ejercita dentro de un cuerpo de normas, no en la anarquía. Porque la paloma de Kant no vuela sino gracias a la resistencia del aire. Y porque el movimiento de la humanidad cuando busca la justicia, la paz, el nivel que le es propio no es el movimiento de una mula en torno de una noria.

Esto es lo que nos dice Cardenal porque quiere volvernó más lúcidos, más vigilantes, más prestos a seguir los dictados del espíritu y a burlar las flaquezas de la carne. Y para que no nos escudemos en la ignorancia ni finjamos sordera, habla con voz fuerte de profeta y con vocabulario de radiolocator y estremece los ámbitos y penetra hasta la más cerrada de las conciencias.

